

nales. Para lograrlo, nada mejor que eliminar, antes de nada y sin compasión, la actividad a la que las personas normales dedican el mayor número de horas de su vida consciente, es decir, el trabajo. De ahí se deduce que escribir no es trabajar, sino una especie de trance durante el cual un médium, el escritor, se limita a obedecer el dictado de su inspiración, una fantasmagórica entidad que comparte con el alma el incierto prestigio de la inexistencia. Cualquiera, por tanto, podría llegar a escribir un libro siempre que haya encontrado antes a su propia inspiración en alguna parte.

En ese punto se reúnen la temible aspirante a autora de una sola novela de aquella fiesta de cumpleaños, que afirmaba ser capaz de encontrar su inspiración, y la del resto de la humanidad, en los hechos de sus respectivas vidas, y todos esos frustrados benefactores de mi persona que, al darse cuenta de que el destino les había regalado una versión perfeccionada de la mismísima Biblia, tuvieron el detalle de tropezarse con mi propia inspiración en la historia de su familia. Ni la una ni los otros se han detenido nunca a pensar que un escritor pueda no escribir acerca de lo primero que se le ocurre. Cualquiera de ellos se retorcería de risa si algún incauto les informara de que muchos novelistas suelen construir una historia en su cabeza durante años enteros antes de atreverse a escribir la primera página del libro en el que la van a contar. ¿Y para qué?, se preguntarían, ¿si la inspiración, que es una de las encarnaciones de Dios, habita permanentemente en ellos?

Es cierto que los poetas padecen el efecto de estas opiniones, a las que quizás sería más exacto llamar supersticiones, en un grado superior al que afecta a los novelistas. Más de una vez he visto la desolación que se apodera de los ojos de ciertos lectores, no siempre adolescentes, cuando les escuchan reivindicar la poesía como un género de ficción, y la naturaleza humana, tan corriente, como la única que les es propia. Entre los prosistas, plebeyos por naturaleza, el saldo no es tan dramático, aunque confieso que a mí me irrita sobremanera la tolerancia social de la que gozan las conductas altivas o groseras de muchos autores consagrados, a los que se les perdonan gestos imperdonables en nombre de una supuesta naturaleza genial, como si la genialidad fuera un sinónimo de la descortesía. En cualquier caso, y por encima de las anécdotas, este tema es más importante de lo que parece, sobre todo porque

muchos escritores llegan a identificarse plenamente con el ideal romántico al que he aludido antes, y se asignan a sí mismos, y a todos los demás de paso, una naturaleza extraordinaria que acaba distorsionando la relación de los lectores con la literatura. Eso puede llegar a ser muy grave si tenemos en cuenta que la lectura es una dimensión esencial de la propia escritura, porque cuando unas páginas encuadradas no tienen ningún lector, son un texto, un manuscrito, un borrador, pero nunca un libro.

Como después de haber mostrado tanta disconformidad con los criterios ajenos no me queda más remedio que definir los propios, quiero asegurarnos en primer lugar que los escritores nacemos igual que todos los demás niños. A mí, al menos, no me alcanzó ningún rayo mientras dormía en la cuna, nunca me brotó en la frente un estigma luminoso ni tengo noticia alguna de que las estrellas del cielo se alinearan en ninguna dirección cuando rompí a llorar por primera vez. Es cierto que de pequeña me gustaba mucho leer y era muy fantasiosa, exactamente igual que otros niños tienen muy buen oído o una capacidad de cálculo más potente que la de los demás, pero ahí se extingue cualquier rastro de un posible carisma. Los escritores no somos otra cosa que personas normales, dotadas de un talento específicamente apto para construir ficciones y transmitírselas a nuestros semejantes, un talento similar al que hace falta para desempeñar cualquier otro trabajo, desde arreglar zapatos hasta levantar edificios de quince plantas.

Cuando me preguntan por qué soy escritora, sólo puedo ofrecer una respuesta sencilla. Creo que fueron los propios libros quienes me abocaron a escribir libros, y si antes no hubiera vivido leyendo, nunca habría podido empezar a escribir. Cuando descubrí la extraordinaria capacidad de la literatura para multiplicar y enriquecer mi vida, la prodigiosa generosidad con la que desplegaba ante mis ojos una infinidad de aventuras, de lugares, de identidades múltiples que sin embargo eran capaces de superponerse sin conflicto alguno a mi propia identidad, de coexistir con el tiempo y el espacio de mi vida verdadera, me enganché a los libros como otros se enganchan al ejercicio físico, al alcohol, a la velocidad o a la música. Y si alguna vez, aquel fervor que se identificó con la necesidad de autoafirmación de todos los adolescen-

tes, más tarde empezó a confundirse con el simple instinto de supervivencia de los adultos.

Eso sigue siendo tan cierto que, si en este momento, alguien me obligara a elegir entre vivir sin leer y vivir sin escribir, estoy segura de que acabaría renunciando al oficio que he perseguido desde que era una niña que decía que iba a ser escritora. Porque tal vez sería capaz de llegar a ser feliz trabajando en otra cosa –una librería literaria, una papelería bien surtida de rotuladores y lápices de todos los colores, una ferretería empapelada de cajoncitos con tuercas y tornillos, o una huerta– pero, para mí, vivir sin leer ya no sería vivir, sino un sucedáneo insoportable de la vida.

Escribir un libro es inventarse una isla desierta, modificar con un punto apenas perceptible el mapa de los sentimientos, de las emociones humanas, y esperar ansiosamente un naufragio, la llegada del Robinson que son todos y cada uno de los lectores. Yo he creado algunas de esas islas, pero he colonizado muchísimas más. He nadado centenares, quizás miles de veces, hasta el barco, y he vuelto remando, con madera, con lienzos, con comida, con armas y municiones para defender mi casa. Y en muchos de esos viajes, un grano de trigo ha caído en la tierra sin que yo me diera cuenta, y el sol y la lluvia lo han hecho germinar, y ha crecido una espiga para que yo pudiera cosecharla, y molerla, y fabricar por fin mi propio pan, un pan que me ha alimentado mucho más que las tostadas que desayuno todos los días. Yo he aprendido muchas más cosas en los libros que en la vida, y he sido feliz, y desgraciada, y me he reído, y he llorado, y me he asustado, y me he emocionado, y me he enamorado, y me he desenamorado muchas más veces, porque los libros laten, palpitan con su propio corazón. La literatura es el telar donde Penélope teje cada día con los hilos de la vida humana el sudario que desteje cada noche para empezar otra vez, apenas sale el sol.

Por eso, porque la lectura y la escritura son dos caras de la misma moneda, una isla y su naufragio, empezar a escribir fue para mí tan natural, o tan complicado, como atravesar un espejo. Yo decidí convertirme en escritora, mientras mis amigas decidían ser de mayores azafatas, o enfermeras, por un simple afán de emulación o, si lo preferís, por pura envidia, la envidia que sentía al leer a los autores que me daban la vida. Y ya os he contado al princi-